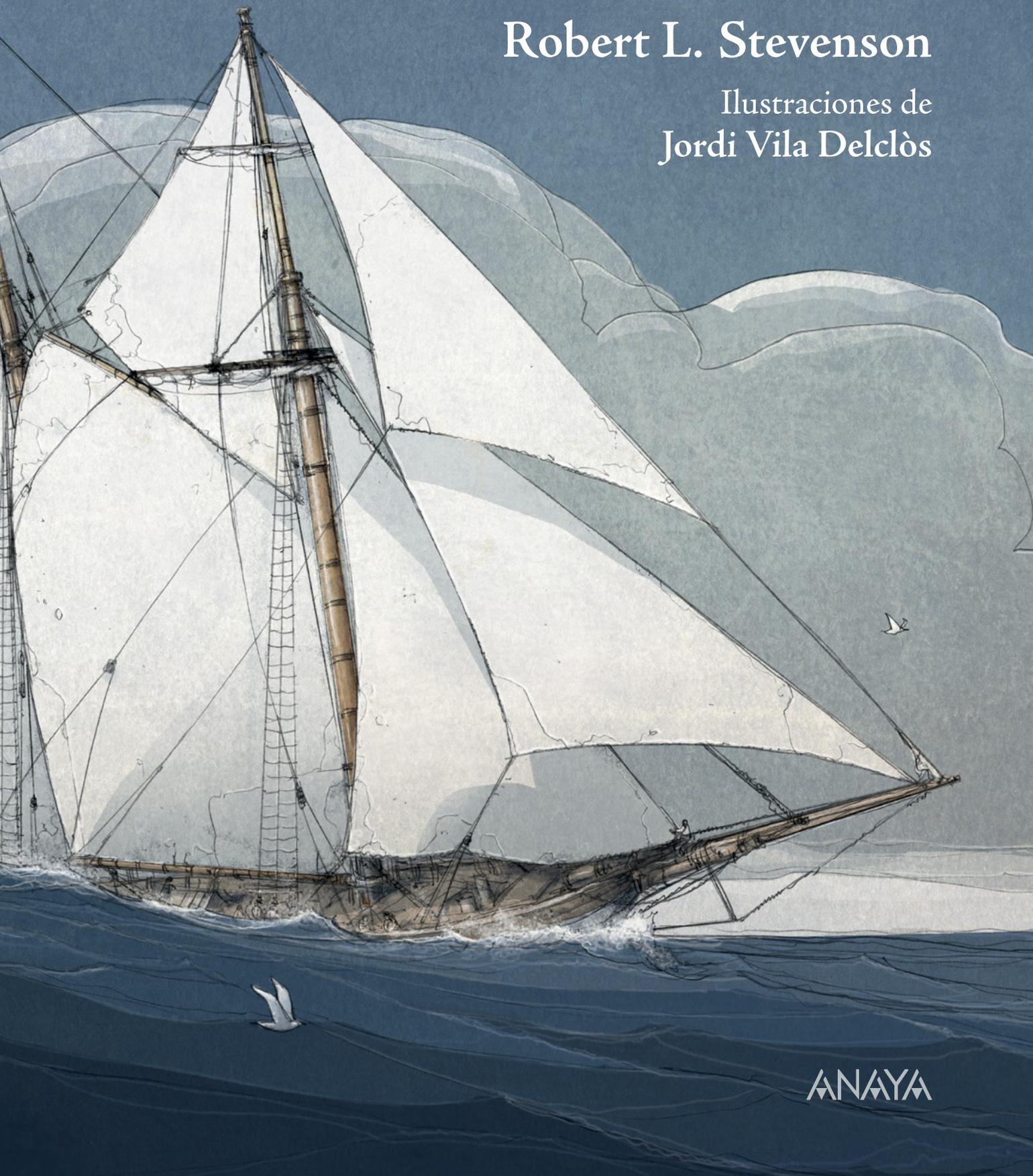


# La isla del Tesoro

Robert L. Stevenson

Ilustraciones de  
Jordi Vila Delclòs



ANAYA

Título original: *Treasure Island*

© De la ilustración: Jordi Vila Delclòs, 2014  
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2014  
Traducción: María Durante  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición: octubre de 2014

ISBN: 978-84-678-6168-6  
Depósito legal: M-21271-2014  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Robert L. Stevenson

# *La isla del Tesoro*

*Ilustraciones de Jordi Vila Delclòs*



*Traducción de María Durante*

ANAYA



# ÍNDICE

Prólogo: <i>La isla vagabunda</i> .....	11
Dedicatoria .....	17
Nomenclatura de la goleta .....	18
Mapa de la isla del Tesoro .....	19
PARTE PRIMERA: EL VIEJO BUCANERO	
I. <i>El viejo lobo de mar en la posada del Almirante Benbow</i> .....	25
II. <i>Perro Negro aparece y desaparece</i> .....	34
III. <i>La marca negra</i> .....	43
IV. <i>El baúl</i> .....	52
V. <i>La muerte del ciego</i> .....	59
VI. <i>Los papeles del capitán</i> .....	67
PARTE SEGUNDA: EL COCINERO DEL BARCO	
VII. <i>Mi viaje a Bristol</i> .....	79
VIII. <i>En la taberna El Catalejo</i> .....	87
IX. <i>Pólvora y armas</i> .....	94
X. <i>El viaje</i> .....	102
XI. <i>Lo que oí desde el tonel de manzanas</i> .....	110
XII. <i>Consejo de guerra</i> .....	118
PARTE TERCERA: MI AVENTURA EN TIERRA	
XIII. <i>Así comenzó mi aventura en tierra</i> .....	129
XIV. <i>El primer golpe</i> .....	137
XV. <i>El hombre de la isla</i> .....	145

#### PARTE CUARTA: LA EMPALIZADA

XVI.	<i>De cómo abandonaron el barco</i> .....	157
XVII.	<i>El último viaje del esquife</i> .....	163
XVIII.	<i>Cómo terminó nuestro primer día de lucha</i> .....	170
XIX.	<i>La guarnición del fortín</i> .....	176
XX.	<i>La embajada de Silver</i> .....	184
XXI.	<i>El ataque</i> .....	192

#### PARTE QUINTA: MI AVENTURA EN EL MAR

XXII.	<i>De cómo empezó mi aventura en el mar</i> .....	203
XXIII.	<i>La resaca</i> .....	210
XXIV.	<i>La travesía del coraclo</i> .....	217
XXV.	<i>Arrío la bandera negra</i> .....	224
XXVI.	<i>Israel Hands</i> .....	231
XXVII.	«¡Doblones de a ocho!» .....	242

#### PARTE SEXTA: EL CAPITÁN SILVER

XXVIII.	<i>En el campamento enemigo</i> .....	253
XXIX.	<i>Otra vez la marca negra</i> .....	264
XXX.	<i>Palabra de honor</i> .....	272
XXXI.	<i>En busca del tesoro: la señal de Flint</i> .....	281
XXXII.	<i>En busca del tesoro: la voz entre los árboles</i> .....	290
XXXIII.	<i>La caída de un cabecilla</i> .....	299
XXXIV.	<i>Y último</i> .....	308
	Cuaderno de bocetos .....	315

## PRÓLOGO

### *La isla vagabunda*

**L**legamos a Braemar, en las Tierras Altas de Escocia, a mediados de junio, pero la temperatura era peor que otoñal incluso para un donostiarra. Me abroché el impermeable hasta el cuello y empecé a echar de menos el lluvioso Londres que habíamos dejado atrás, lo que ya es decir. Preguntamos la dirección a un viandante y en mi torpe inglés añadí algo ineficazmente aclaratorio sobre «la casa donde vivió Stevenson». El tipo —un sesentón grandote y rojizo que se paseaba en camisa con un perro, este al menos bastante lanudo— nos orientó, mientras descartaba algo gruñonamente que ningún Stevenson viviera en las cercanías. Luego, más curioso que amable, inquirió de dónde veníamos. ¿De España? Bueno, allí siempre hace sol, ¿no? Pues no podíamos quejarnos, también en Braemar habíamos tenido suerte con el tiempo: el verano estaba siendo agradable. Tirité de gratitud y seguimos el rumbo indicado.

Llegamos a la casa buscada: dos plantas, grisácea pero no fea, al menos vintage. Sobre el dintel de la puerta principal, una inscripción casi funeraria informaba de que allí pasaron Robert Louis Stevenson y su familia los meses del verano de 1881, o sea ciento treinta años antes de nuestra visita. Era el sitio que buscábamos para el rodaje de uno de nuestros programas de televisión Lugares con genio, en los que recorrimos la geografía vital y creativa de los grandes escritores. Y aquella casa de la nublada Braemar era sin duda importante porque

allí, ese verano de hace casi siglo y medio, nació *La isla del Tesoro*. Según cuentan, también entonces fue el verano frío y lluvioso, aunque quizá —de haber tenido ocasión de vivirlo— el nativo que hace poco nos informó no lo hubiera considerado realmente desapacible... En cualquier caso, a mal tiempo buena cara... ¡y mejor literatura!

Robert Louis Stevenson tenía treinta años y pasaba esas semanas de verano «a la escocesa» con cinco familiares, entre los cuales estaba su padre, su mujer Fanny y su hijastro en la primera adolescencia, Lloyd Osbourne. Si hubiesen disfrutado de sol a raudales y temperaturas cálidas, el muchacho se habría pasado las jornadas al aire libre. Pero como rara vez escampaba, tuvo que entretenerse dibujando y coloreando con su caja de acuarelas. Y cierto día lo que pintó fue el contorno de una isla... Entonces, por encima de su hombro, asomó su padrastro, como siempre con más ilusión juvenil que cualquier joven, y empezó a poner nombres en el mapa mudo. Colina del Catalejo, isla del Esqueleto, monte Trinquete, ensenada... y tres misteriosas cruces rojas que emocionaron al muchacho. Para rematar, en el ángulo superior derecho, escribió: «La isla del Tesoro». «¡Oye —exclamó el chico, ya entregado al mágico juego—, con esto podría hacerse una historia!». Para que vean: y todo por culpa de (¡o gracias a!) un tiempo de perros.

La que fue residencia veraniega de los Stevenson aquel remoto año no es hoy un museo, desde luego, sino una casa particular. Cuando llamamos a la puerta, la dueña —una amable señora de mediana edad— salía precisamente a hacer sus compras. Pero las aplazó para acompañarnos en una breve visita por el interior. Salvo la disposición de las habitaciones mismas, acogedoras y discretas (*cosy*, por decirlo con una de las palabras más sincera y ampliamente veneradas de la lengua inglesa), ningún rastro efectivo podía quedar allí de la breve

estancia de la familia Stevenson. Y sin embargo... sí, algo permanecía inmutable o al menos yo lo quise así en mi afán fetichista de recuperar las horas sagradas y perdidas. ¡Las ventanas! Por esas mismas ventanas había contemplado Robert Louis Stevenson colinas verdes y lluvia brusca o mansa, así como la bruma desgarrada brevemente por accesos pálidos de sol. También por las ventanas, desde fuera, pudo verse al niño entusiasmado bebiendo la imaginación del joven escritor que le apadrinaba, y a este aprovechando la luz incierta de los crepúsculos para componer los quince primeros capítulos del relato perdurable (hasta la aparición en la isla de Ben Gunn, el exilado forzoso que lo poseía todo sin disfrutar de nada). Allí también su padre, un abuelo convertido por la ilusión en hermano de su nieto putativo, añadió ideas al relato que crecía entre ellos: el inventario completo del cofre del viejo Billy Bones, el barril de manzanas desde cuyo precario escondite Jim Hawkins conoció la conspiración de Silver y el nombre del barco de Flint que atemorizaba los mares, el *Walrus*. El adolescente Lloyd Osbourne solo aportó una exigencia, que —fuera de la madre de Jim— no hubiese más mujeres en el cuento de sobresalto y emoción viril. Esas mismas ventanas lo vieron todo y a través de ellas llegaba la inspiración de los hálitos de Escocia, tan lejanos del Caribe...

¿No es curioso? El joven Stevenson en Braemar, al norte de la isla septentrional en que nació, inventó otra isla en el Sur (o situó allí la isla diseñada por su ahijado) donde nunca llovía, el clima era cálido y se podía dormir al raso. También había un tesoro, pero eso quizá es lo de menos, porque tesoros hay en todas partes y lo importante es aprender a buscarlos y a merecerlos: esa es la lección que se trajo Jim Hawkins en el viaje de regreso a casa. Años después, un Robert Louis Stevenson mayor, aunque no viejo (porque el *advocatus iuventutis* nunca conoció la ancianidad y hasta escribió con razón que todos los hom-

bres mueren jóvenes), se trasladó a las lejanas islas del Pacífico Sur y desde una de ellas, que hoy alberga su tumba, escribió algunos relatos evocando las tierras húmedas y nubladas de su vida anterior: la isla a la que nunca volvió. Inventó así una isla irrecuperable y obvia que va y viene, una isla de soles y sombras, donde siempre llueve y siempre reina la bonanza, la isla del escalofrío y del hogar, la que nunca perdemos, la que no sabemos dónde está. Uno de sus lectores, J. M. Barrie, la llamó «la isla de Nunca Jamás». Está trillada por los anhelos y sembrada por la imaginación. Hacia ella partimos cuando somos aún demasiado jóvenes para saber lo que dejamos atrás, y a ella volvemos irremediablemente quizá cuando ya es tarde para recobrar nada y solo nos queda un último tesoro por desenterrar: la nostalgia.

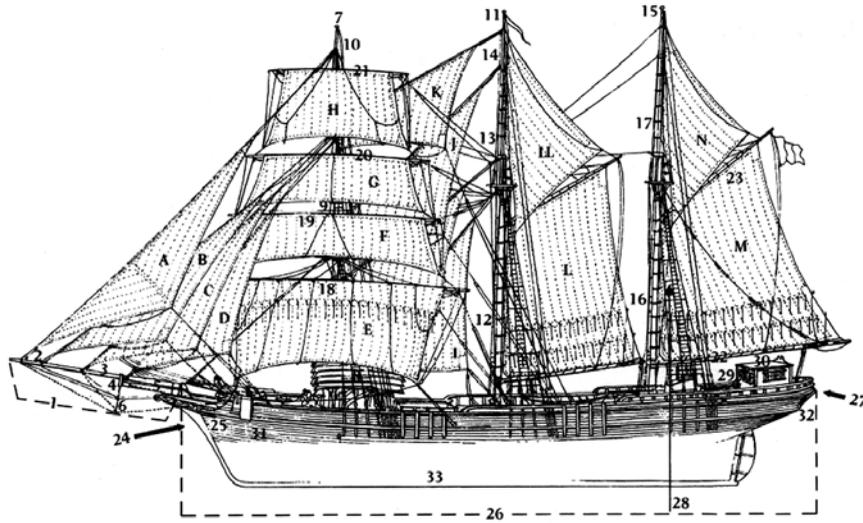
FERNANDO SAVATER

*Robert L. Stevenson*

*La isla del Tesoro*

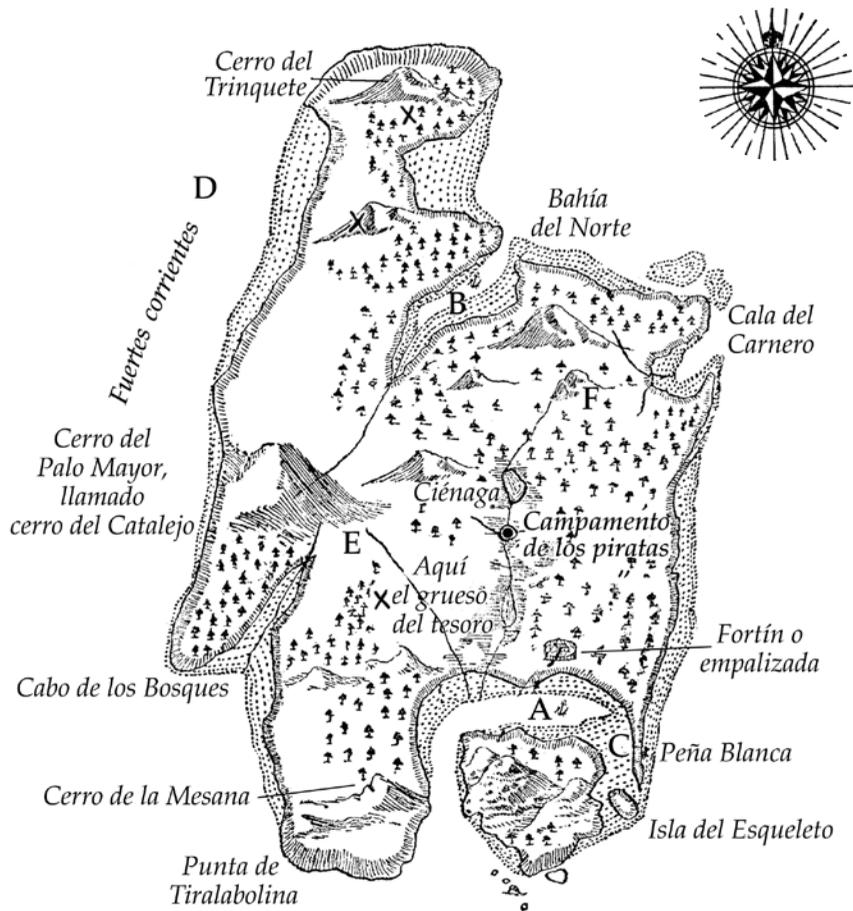
*Para S. L. O.,  
caballero norteamericano,  
de acuerdo con cuyo gusto clásico  
se ha concebido el siguiente relato;  
ahora, en agradecimiento por las muchas horas  
que disfrutamos juntos, se lo dedica  
con los mejores deseos  
su afecto amigo*

EL AUTOR



Según las referencias que aparecen en la obra, la Hispaniola podría ser una goleta de estas características.

ARBOLADURA	PALOS	1 Bauprés	{	2 Botolón del petifoque	}	Foques	{	A Petifoque
				3 Botolón del foque				B Foque
				4 Tamborete del bauprés				C Contrafoque
				5 Palo macho del bauprés				D Trinquetilla
				6 Moco				
7 Trinquete	{	8 Palo macho del trinquete	}	de trinquete (vela cuadrada o de cruz)	{	E Trinquete		
		9 Mastelero del velacho				F Velacho bajo		
		10 Mastelerillo de proa				G Juanete de proa		
11 Mayor	{	12 Palo macho de mayor	}	de estay	{	I de mayor		
		13 Mastelero de mayor				J de juanete mayor		
		14 Mastelerillo de mayor				K de sobremayor		
15 Mesana	{	16 Palo macho de mesana	}	de mayor	{	L Mayor		
		17 Mastelerillo de mesana				LL Escandalosa de mayor		
Vergas	{	18 Verga mayor de trinquete	}	de mesana	{	M Mesana		
		19 Verga de gavia				N Escandalosa de mesana		
		20 Verga de juanete						
		21 Verga de sobrejuanete						
				22 Botavara				
				23 Pico de la cangreja				
				24 Proa				
				25 Roda				
				26 Eslora				
				27 Popa				
				28 Obenque de mesana				
				29 Timón (rueda de)				
				30 Castillo de proa (toldilla)				
				31 Amura				
				32 Portañuela de popa				
				33 Quilla				



*Isla del Tesoro*  
09 1750 *J.F.*

## *Al comprador indeciso*

Si de los marineros los cuentos y tonadas,  
tormentas y aventuras, calmas y marejadas,  
las islas, las goletas, piratas abandonados,  
feroces bucaneros, tesoros enterrados;  
si los relatos de otrora  
a la vieja usanza contados  
deleitan como a mí antaño  
a los chicos listos de ahora...

¡Que así sea y adelante! Mas, de lo contrario,  
si el cuento ya no apasiona al joven sabio,  
si sus viejas emociones en un baúl ha guardado  
con Kingston, con Ballantyne el osado  
o con Cooper<sup>1</sup>, el del bosque y los lagos,  
¡que así sea también! Y que a este autor  
y a sus piratas entonces a la tumba bajen  
en la que tantos escritores y sus creaciones yacen.

---

<sup>1</sup> Kingston, Ballantyne y Cooper son escritores de lengua inglesa famosos por sus novelas de aventuras.

PARTE PRIMERA

*El viejo bucanero*



## CAPÍTULO I

### *El viejo lobo de mar en la posada del Almirante Benbow*

**E**l caballero Trelawney, el doctor Livesey y los demás gentileshombres me han pedido que relate los pormenores de lo que aconteció en la isla del Tesoro, del principio al fin y sin omitir nada excepto la posición de la isla, y ello por la sencilla razón de que parte del tesoro sigue enterrado allí; cojo, pues, la pluma en el año de gracia de 17... y me remonto a la época en que mi padre regentaba la posada del Almirante Benbow, y el viejo lobo de mar con la cara tostada y marcada con un chirlo de sable vino a hospedarse bajo nuestro techo.

Lo recuerdo como si fuera ayer: llegó caminando pesadamente a la puerta de la posada, con el baúl detrás en una carretilla; era un hombre alto, fuerte, corpulento, de piel morena; una coleta negra embreada le caía sobre la espalda de su sucia casaca azul; tenía las manos encallecidas y agrietadas, y las uñas negras y rotas; y aquel chirlo de sable, de un blanco sucio y lívido, que le cruzaba la mejilla. Recuerdo que se volvió a contemplar la ensenada y se puso a silbar ensimismado; después rompió a cantar aquella vieja tonada marinera que tantas veces le oíríamos luego:

*Quince hombres sobre el baúl del muerto...  
¡Yujujú, y una botella de ron!*

con aquella aguda y cascada voz de viejo que parecía haberse modulado y quebrado al son de los espeques del cabrestante. Luego llamó a la puerta con un palo parecido a un bichero que llevaba en la mano, y cuando mi padre apareció pidió a voces un vaso de ron. Se lo sirvieron; lo bebió lentamente, saboreándolo como buen catador, mientras se volvía a mirar ora el acantilado ora el letrero de nuestra posada. Al cabo dijo:

—Buena ensenada, esta; y la taberna no está mal situada. ¿Muchos clientes, compadre?

Mi padre le contestó que no, que muy pocos, y que era una lástima.

—Entonces, este camarote me conviene —repuso él. Y luego, dirigiéndose al hombre que empujaba la carretilla, le gritó—: ¡Eh, mozo! Acosta a este lado y descarga el baúl. Me quedaré aquí una temporada —después añadió—: Soy un hombre sencillo. No necesito más que ron y huevos con tocino, y el mirador de ahí arriba para ver pasar los barcos. ¿Que cómo me tenéis que llamar? Llamadme capitán. Ya veo lo que estáis pensando..., ahí va —y arrojó sobre el umbral de la puerta tres o cuatro monedas de oro y declaró, orgulloso como un comandante—: Ya me diréis cuando se haya acabado.

Y, de hecho, por muy mala que fuera su ropa, por muy vulgarmente que hablara, no tenía en absoluto el aspecto de un simple marinero del castillo de proa<sup>2</sup>; parecía más bien un oficial o un capitán acostumbrado a dar órdenes o latigazos. El hombre que empujaba la carretilla nos dijo que se había bajado de la diligencia aquella misma mañana

---

<sup>2</sup> En el castillo de proa iban los marineros rasos. La oficialía gobernaba el barco desde el alcázar de popa.

delante del Royal George, y había preguntado qué posadas había por la costa; supongo que cuando se enteró de que la nuestra era recomendable y, al decir de la gente, solitaria, la eligió entre las demás para hospedarse en ella. Eso es todo lo que conseguimos saber de nuestro huésped.

Era por lo general un hombre muy callado. Se pasaba el día merodeando por la ensenada o por el acantilado, con un catalejo de latón; al anochecer se sentaba en un rincón de la sala, junto a la chimenea, y bebía ponche muy cargado. La mayor parte de las veces no contestaba cuando se le dirigía la palabra; se limitaba a levantar la vista, lanzando una mirada hostil, y a resoplar por la nariz como una sirena de barco; mi familia y la gente que frecuentaba la posada no tardamos en darnos cuenta de que era mejor no meterse con él. Todos los días, cuando regresaba de su paseo, preguntaba si había pasado por el camino algún marinero. Al principio pensamos que su interés se debía a que echaba de menos la compañía de gentes de su oficio, pero al cabo comprendimos que lo que quería era precisamente evitarla. Cuando un marinero se hospedaba en el Almirante Benbow (como sucedía a veces cuando alguno bajaba de Bristol por la carretera de la costa), lo observaba a través de la cortina de la puerta antes de entrar en la sala; y siempre estaba más callado que un muerto cuando había un marinero delante. Para mí, al menos, el asunto no encerraba ningún secreto pues, hasta cierto punto, compartía su preocupación. En cierta ocasión me había llamado aparte, prometiéndome una moneda de plata de cuatro peniques el primer día de cada mes a cambio de «estar ojo avizor por si divisaba a un marinero con una sola pierna» y de avisarle en el mismísimo momento en que apareciera. Bastante a menudo, cuando a primeros de mes iba a verle y a pedirle mi paga, se limitaba a resoplar por la nariz mirándome con desprecio; pero antes de que

acabara la semana se ve que se lo pensaba mejor y me daba la moneda, repitiéndome las instrucciones de que estuviera atento al «marinero con una sola pierna».

Excuso decir que este personaje me obsesionaba en sueños. En las noches de tormenta, cuando el viento sacudía las cuatro esquinas de la casa y las olas azotaban la ensenada y el acantilado, lo veía bajo mil formas y con mil expresiones diabólicas. A veces tenía la pierna cortada a la altura de la rodilla, otras, a la de la cadera; en ocasiones era un ser monstruoso con una pierna que le salía del centro del cuerpo. La peor de las pesadillas era verlo saltar y correr y perseguirme por montes y barrancos. Con tan abominables fantasías, bien cara me salía la paga del mes.

Pero aunque la idea del marinero con una sola pierna me tenía aterrorizado, el capitán me daba mucho menos miedo a mí que a las demás personas que lo trataban. Había noches en las que bebía más ponche de la cuenta y se le subía a la cabeza; cuando esto sucedía, a veces se sentaba y se ponía a cantar viejas tonadas marineras, terribles y obscenas, sin respetar a nadie; pero otras veces invitaba a una ronda y obligaba a todos los presentes, que temblaban atemorizados, a escuchar sus relatos o a corearle las canciones. A menudo sentí que la casa se estremecía con aquel «¡Yujujú, y una botella de ron!»; y todos los presentes se unían fingiendo entusiasmo, pero más muertos de miedo que otra cosa, y cantando a cual más fuerte para no llamar la atención. Y es que, en aquellos arrebatos, era el compañero más tirano que jamás ha existido: golpeaba la mesa con la mano para imponer silencio, se enfurecía si alguien le hacía una pregunta o, a veces, si no le hacían ninguna, porque estimaba que los parroquianos no estaban atentos a su relato. Y tampoco dejaba que nadie se marchara de la posada hasta que, borracho como una cuba y muerto de sueño, se iba a la cama dando tumbos.



Pero lo que más miedo le daba a la gente eran las historias que contaba, horribles relatos de ahorcados y de condenados a la tabla<sup>3</sup>, de tempestades en alta mar, de las islas de las Tortugas, de fieras hazañas y de salvajes lugares del Caribe. A juzgar por sus palabras, debió de pasarse la vida entre algunos de los hombres más malvados que Dios permitió que surcaran los mares. El lenguaje que utilizaba para contarnos estas cosas chocaba a la sencilla gente de nuestra tierra tanto como los horrores que describía. Mi padre decía continuamente que nos iba a arruinar el negocio, porque los clientes no tardarían en dejar de acudir a un sitio donde los tiranizaban y humillaban y del que luego se iban para meterse en la cama temblando. Pero a mí me parece que su presencia nos favoreció. De momento la gente se asustaba, pero luego, cuando pensaban en estas cosas, en el fondo les gustaban; ponían un grano de emoción en su monótona vida rural; y había incluso un grupo de jóvenes que decían que lo admiraban y lo llamaban «auténtico lobo de mar», «marinero de ley» y cosas por el estilo, y que sostenían eran tipos como él los que habían dado a Inglaterra su fama en la mar.

Es verdad que, hasta cierto punto, casi nos arruina; permaneció en la posada semana tras semana y mes tras mes, y del dinero inicial ya no quedaba nada, pero mi padre nunca tuvo el coraje de reclamarle más. Si alguna vez se lo mencionaba, el capitán resoplaba con tantas fuerzas que parecía que rugía, y clavaba la mirada en mi pobre padre con tal intensidad que este se marchaba de la habitación. Lo he visto retorcerse las manos tras estos desaires y estoy seguro de que el disgusto y

---

<sup>3</sup> Castigo que los piratas, principalmente los del Caribe en el siglo XVII, solían imponer a sus prisioneros obligándolos a caminar con los ojos vendados por una tabla de madera atravesada sobre la borda de la nave hasta que caían al agua y eran pasto de los tiburones.

el terror en los que vivía aceleraron en gran medida su prematura y desgraciada muerte.

Durante todo el tiempo que vivió en casa, el capitán no se mudó de ropa; solo le compró unas medias al buhonero. Se le soltó una parte del ala del sombrero y, a partir de ese día, la dejó colgando a pesar de lo incómodo que era cuando soplaban el viento. Recuerdo el aspecto de su casaca, que remendaba él mismo arriba en su habitación y que, al final, era toda ella un puro remiendo. Nunca escribió ni recibió cartas y nunca habló con nadie más que con los vecinos, y, con estos, la mayoría de las veces solo cuando estaba borracho de ron. En cuanto al baúl, ninguno de nosotros lo vimos jamás abierto.

Solo se enfadó una vez, y fue casi al final, cuando la enfermedad que se llevó a mi pobre padre a la tumba ya estaba muy avanzada. El doctor Livesey vino una tarde a última hora a ver al enfermo, aceptó un refrigerio que mi madre le ofreció y luego pasó a la sala a fumarse una pipa mientras le traían el caballo de la aldea, ya que nosotros no teníamos cuadra en la vieja posada de Benbow. Yo le seguí a la sala y recuerdo que me llamó la atención el contraste entre el aspecto del doctor, pulcro y aseado, con la peluca empolvada, blanca como la nieve, los ojos negros y brillantes y sus buenos modales, y el de los rústicos aldeanos y, sobre todo, el de aquel espantapájaros, sucio, burdo y acabado, que era nuestro pirata, sentado y harto de ron, con los brazos encima de la mesa. De repente, él (me refiero al capitán) comenzó a tararear su eterna cantinela:

*Quince hombres sobre el baúl del muerto...*

*¡Yujujú, y una botella de ron!*

*Belcebú y la bebida acabaron con su vida...*

*¡Yujujú, y una botella de ron!*

Al principio me imaginaba que el «baúl del muerto» sería idéntico al cofre que tenía arriba en la habitación, y esta idea se mezclaba en mis pesadillas con la del marinero cojo. Pero por aquel entonces ya no hacíamos demasiado caso de la canción; aquella noche no era nueva para nadie más que para el doctor Livesey, y observé que a él no le hacía ninguna gracia, pues levantó la vista un instante, muy irritado, antes de seguir conversando con el viejo Taylor, el jardinero, sobre un nuevo remedio para el reuma. Entre tanto, el capitán se fue animando al son de su propia música, y al cabo golpeó la mesa con la mano, de aquella manera que todos sabíamos que quería decir: silencio. En seguida enmudecieron todas las voces, menos la del doctor Livesey, el cual prosiguió como si tal cosa, en tono claro y sosegado, dando fuertes caladas a su pipa entre frase y frase. El capitán se le quedó mirando un rato, volvió a golpear la mesa con la mano, le miró todavía más furioso y al fin soltó un estentóreo y grosero juramento y dijo:

—¡Silencio ahí en el entrepuente!

—¿Es a mí, caballero? —preguntó el médico.

Y cuando el rufián le contestó, con otra blasfemia, que así era, el doctor le replicó:

—Os voy a decir una cosa, caballero: si seguís bebiendo ron, el mundo se verá pronto libre de un indeseable bellaco.

El viejo se enfureció sobremanera. Se puso en pie de un brinco, sacó y abrió una de esas navajas de muelle que suelen llevar los marineros y, sopesándola en la palma de la mano, amenazó con dejar clavado en la pared al médico.

Este ni pestañeó. Se dirigió de nuevo a él, como anteriormente, hablándole por encima del hombro y en el mismo tono de voz, bastante alto, para que todos los presentes pudieran oírle, pero sin alterarse lo más mínimo:

—Si no guardáis inmediatamente esa navaja en el bolsillo, os aseguro por mi honor que os ahorcarán en la próxima audiencia que se celebre.

Luego hubo un enfrentamiento de miradas entre ellos; pero el capitán acabó por claudicar, se guardó la navaja y volvió a sentarse, como perro apaleado.

—Y ahora, caballero, que ya sé que hay un pájaro como vos en mi jurisdicción —prosiguió el doctor—, tened por seguro que no os perderé de vista ni de día ni de noche. Además de médico, soy magistrado y, a la más mínima queja que tenga contra vos, aunque no sea más que por una grosería como la de esta noche, tomaré las medidas pertinentes para que os detengan y os expulsen de estas tierras. Y aquí paz y después gloria.

Al poco trajeron a la puerta de la posada el caballo del doctor Livesey y este se marchó; y el capitán nos dio tregua aquella noche y muchas otras después.



**E**l joven Jim Hawkins nunca había salido de la posada de sus padres hasta que descubre por casualidad el mapa del temido capitán Flint. Entonces no duda en enrolarse en la *Hispaniola*, la goleta que los llevará hasta el mismísimo mar Caribe. Pero sus amigos no son los únicos que quieren hacerse con el botín: un peligroso grupo de piratas está dispuesto a usar todas las armas para conseguirlo antes que ellos, y los arrastrará a una aventura fascinante y peligrosa en la isla del Tesoro.

*«Está trillada por los anhelos y sembrada por la imaginación. Hacia ella partimos cuando somos aún demasiado jóvenes para saber lo que dejamos atrás, y a ella volvemos irremediablemente quizá cuando ya es tarde para recobrar nada y solo nos queda un último tesoro por desenterrar: la nostalgia».*

*Fernando Savater (Prólogo a esta edición)*



1541133



ISBN 978-84-678-6168-6

9 788467 861686

**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)